

El estatuto del personaje *Francisco del Puerto* en dos novelas argentinas

MANUEL FUENTES VÁZQUEZ

UNIVERSITAT ROVIRA Y VIRGILI

*Pero aquel hombre era un
hombre inventado, como el
chorro español es un invento*
Arnaldo Calveyra, *El hombre del Luxemburgo*

I

Wolfgang Iser, en el estudio “La ficcionalización: dimensión antropológica de la ficciones literarias”, al glosar el texto de Nelson Goodman, *Maneras de hacer mundos*, afirma:

No hay un mundo único, subyacente, sino que creamos nuevos mundos, a partir de otros viejos, y todos coexisten al tiempo en un proceso que Goodman describe como “hecho extraído de la ficción”. Por tanto, las ficciones no son el lado irreal de la realidad [...]; son más bien condiciones que hacen posible la producción de mundos, de cuya realidad, a su vez, no se puede dudar. (Iser, 1999: 44-45)

Ciertamente, la afirmación de Iser, al escoliar el texto de Goodman, recuerda la advertencia de Ernst Jünger: “Los grandes sucesos son siempre literarios. La historia, con sus hechos, es un almacén repleto en el que cada cual puede coger lo que quiera” (Jünger, 1998: 23). La inexistencia de un “mundo único subyacente” provoca en la ficción la “simultaneidad de lo que es mutuamente excluyente” (Iser, 1999: 47)¹ y la inestabilidad del “mito”. Así, esos mundos excluyentes, pueden enfrentarse y superponerse simultáneamente en los más inadvertidos lugares. Por ejemplo, Luis Loayza, al interrogar los versos de César Vallejo: “Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita/de junco y capulí,/ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita/la sangre como flojo cognac, dentro de mí”, procedentes de *Los Heraldos negros*, y al remontar la fuente vallejana a la *Historia en el Perú*, de José de la Riva Agüero,

¹ Esa simultaneidad de lo mutuamente excluyente tiene en la ficción pastoril del XVI su máxima expresión que teoriza y postula, por otra parte, el debate entre la *historia* y la *poesía* (Nelson, 1973: 38 y ss.).

duplicará el universo del escritor al establecer imaginariamente Bizancio sobre el Rímac (Loayza, 1980: 28).

Tal duplicidad de la ficción puede resolverse en la formulación saeriana mediante la cual “la paradoja propia de la ficción reside en que si se recurre a lo falso, lo hace para aumentar su credibilidad”, al tiempo que el autor se sumerge entre “los imperativos de un saber objetivo y las turbulencias de la subjetividad, podemos definir de un modo global la ficción como una *antropología especulativa*” (Saer, 1997: 12 y 16)².

Las novelas de Juan José Saer *El entenado* (1983), que fue publicada por vez primera en la colección “Los mundos posibles”, dirigida por Ricardo Piglia, y de Gonzalo Enrique Marí *El grumete Francisco del Puerto* (2003)³ pueden inscribirse diacrónicamente en ese “macrotexto” que bien pudiera tener su inicio en *El mar dulce* (1927) de Roberto Payró, y en el que el final abierto de esta última, a juicio de Rosa María Grillo: “Permite ver a Francisco del Puerto como ‘fecundador’: cualquiera que sea su suerte, quedarse con los indígenas o volver a España, su figura se presta al mito fundacional y es funcional al designio argentino de aquellos años de reafirmar su pertenencia a la ‘estirpe secular’, ‘blanca’, católica y latina” (Grillo, 2006: 29; Grillo, 2004)⁴. Más allá de la existencia de Francisco del Puerto, apenas comprobada (Romano Thuesen, 1995: 43-44 y Grandis, 1994: 425) y de la aventura vital del sujeto histórico, integrante de la fracasada expedición del navegante Juan Díaz de Solís, “a quien se disputaban dos coronas” (Vergés, 1992: 34), el grumete vendría a ser, descontextualizando un verso del poeta argentino Arnaldo Calveyra, amigo de Saer, “un hombre inventado”.

² Y tanto en el sentido reflexivo de “especulación intelectual”, como en el sentido “especular”, de espejo, para que las “tribus” puedan verse a sí mismas (véase para este último aspecto, Arcadio Díaz-Quiñones, 1992: 6).

³ La primera edición de la novela de Saer fue publicada en la editorial Folios Ediciones (Tucumán, 1983), con una tapa de Carlos Boccoardo. La novela ha tenido varias reediciones: 1992, 1999 y 2003, esta última en Barcelona, Aleph Editores; mientras que la novela de Gonzalo Enrique Marí apareció en la editorial De los cuatro vientos, Buenos Aires.

⁴ Quedarse o regresar es la doble matriz fundacional del mito cuyo principio bien pudiera estar en el conocido capítulo XXVII de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo y en el diálogo entre Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero (Díaz del Castillo, 1989: 64-65). Véase para este aspecto, Concha, 1986.

Las ficciones de Saer, por una parte, y de Gonzalo Enrique Marí, por otra, cubrirán la doble peripecia posible del personaje: embarcar y regresar para desaparecer o embarcar y quedarse para desaparecer igualmente; puesto que al hilo de Jean Baudrillard, la *transformación* de Francisco del Puerto sería una “forma de *desaparecer*, y no de morir. Desaparecer es dispersarse en las apariencias. De nada sirve morir, también hay que saber desaparecer” (Baudrillard, 1988: 40), dado que al hacerlo –ya en la travesía del Océano–, en palabras de Ezequiel Martínez Estrada “se deslastraba de su némesis de raza aislada y espuria, y de familia sin lustre y sin dineros, al que volvía la espalda a la Península y abría los ojos al azar. Este mundo era para él la contraverdad del otro” (1991: 5).

Si en la conciencia de aquel hombre inventado, este mundo –América– era para él la contraverdad del otro –España–, tal duplicidad de mundos existente en el discurso historiográfico coexistirá al mismo tiempo en la ficción narrativa.

La novela de Saer, planificada con gran atención y profusamente estudiada por la crítica, desde su consideración problemática como “literatura neo-europea” inserta en la llamada “literatura de la posmodernidad”, más atenta al “carácter narrativo y retórico de la historia” que a la “conciencia del desarrollo histórico” (Grandis, 1994: 419); integrada en la “reconstrucción” histórica de la nueva narrativa latinoamericana y deudora de la nueva orientación de la historiografía (Ainsa, 1997: 112)⁵; delimitada bajo la denominación de *historiographic metafiction*, en tanto narración construida sobre un supuesto suceso histórico (Grandis, 1993: 30)⁶; analizada en su contraste con las fuentes historiográficas, literarias y filosóficas que le sirven de fundamento especulativo, desde la función ritual de la antropofagia y su relación con el clásico ensayo de Montaigne (Montaigne, 1962/1985: 230-244, 263-278), sin olvidar, no

⁵ A este propósito afirma Fernando Ainsa: “En efecto, historia y ficción son relatos que pretenden ‘reconstruir’ y ‘organizar la realidad a partir de elementos pre-textuales (acontecimientos reflejados en documentos y otras fuentes históricas) a través de un discurso dotado de sentido, inteligible gracias a su ‘puesta en intriga’, al decir de Paul Ricoeur, y a la escritura que mediatiza la selección. El discurso narrativo resultante está dirigido a un receptor que espera que el pacto de la verdad (historia) o de lo posible y verosímil (ficción) se cumpla en el marco del *corpus* textual”. Quizás sea pertinente, siquiera recordar, que la novela de Saer se publica en 1983, y que unos años antes Hayden White ya había publicado *The Narrativization of Reals Events* (1982) y *The Historical Text as Literary Artifact* (1978). En fin, esa “puesta en intriga” del discurso historiográfico, así como la formulación de Ricoeur coincide en el tiempo de la publicación de la novela con el concepto de *fictive impulse*, desarrollado por White.

⁶ “[...] I propose falls under the category of ‘historiographic metafiction’”.

obstante, el largo recorrido europeo desde la Edad Media que configura, finalmente, el mito del *caníbal* y su desarrollo en el imaginario europeo, puesto que la oposición *caribe/taíno* o la de los *tupíes/carios* vendría a ser –finalmente– en palabras de Roberto Fernández Retamar modelos propuestos por la izquierda o la derecha de la burguesía (1995: 28-29)⁷, pese a que como anota Enrique de Gandía: “[...] La antropofagia americana, negada por hipercríticos de otros tiempos, es la característica más sobresaliente de la mayor parte de las culturas indígenas del Nuevo Mundo” (Gandía, 1942: 48) hasta su relación transgresora y fronteriza con las crónicas, los modelos autobiográficos y su límite con la estructura de la ficción picaresca española del XVI (Gnutzmann, 1993: 199-205) o su posible interpretación como estrategia discursiva de oposición y réplica al “discurso de censura cultural” de la dictadura (Bastos, 1990: 2 y Gollnick, 2003: 111)⁸.

La ficción saeriana, no obstante, se organiza –según palabras de su autor– “en torno a dos únicos personajes: la tribu y el narrador, siendo el primero un personaje único, entero”. Con apenas documentación⁹, *El entenado* crea un universo verosímil desde la *antropología especulativa*, desde la pura ficción, puesto que si bien es cierto

⁷ Fuera de los límites de esta ponencia queda el debate antropológico sobre el canibalismo (Cfr. Gandía, 1946). Poco importa, finalmente, si fueron los charrúas o no quienes devoraron al infeliz Juan Díaz de Solís ante los atónitos ojos de su tripulación en 1516, y tampoco existe la certeza histórica de tal suceso. El enfrentamiento entre ambos mitos y su permanencia en el imaginario europeo puede advertirse en los más insospechados lugares; así la clásica reproducción de la escena de antropofagia del grabado de Jean de Lery (1592) en la *Verdadera historia y descripción de un país de salvajes desnudos, feroces y caníbales en el Nuevo Mundo, América* (1557 y 1592), de Hans Staden, frente a la visión *edénica* de la vida de los carios, procedente de Ulrico Schmidel aparecen enfrentadas en la obra de Julio César Chávez (1968: 16 y 17). Cabe recordar que tales *cuentos* tienen una enorme difusión medieval, entre otras, por la vía de aquel mentiroso viajero inglés “Sir John Mandeville” y que Otelo se valió de ellos para seducir a Desdémona: [“antropófagos, y hombres cuya cara/está bajo los hombros”, Shakespeare: *Otelo*, I, III].

⁸ En este sentido apunta María Luisa Bastos: “Para replicar al discurso de ‘censura cultural’, uno de los medios principales de que se valieron los escritores que estaban en el país, y los que estando fuera querían publicar en él, fue la escritura de cuentos y novelas de ficción histórica, que aparentaban ser especulaciones imaginarias, pero que son sobre todo historias para contextualizar en la ficción una experiencia silenciada por el discurso oficial”. Por otra parte, Brian Gollnik, al comentar el pasaje de la novela en el que “la nave seguía su rumbo río abajo escoltada por una muchedumbre de cadáveres”, “ancla –afirma– la novela en el presente, cuando los restos de presos políticos empezaron a aparecer en el mismo río inmediatamente después del golpe militar”.

⁹ Afirma Saer en su entrevista con Linneberg-Fressard: “Cuando yo leí en cierta historia hace muchos años el relato de *El entenado*, eran catorce líneas. Eso es todo lo que yo sé, lo que yo supe. Cuando yo leí ese relato pensé que sería interesante escribir una novela sobre él, entonces no leí nada más. Pero leí otras cosas, como por ejemplo, leí a Staden, por ejemplo, leí algunas crónicas del siglo XVII, pero sobre ese personaje más nada, nunca más”. Puede, por otra parte, completarse los datos anteriores con la entrevista “Juan José Saer en la Universidad de San Pablo” En: http://www.avizora.com/publicaciones/monosavizora/entrevista_saer.html, consultada el 1 de diciembre de 2007.

que la “escena de la antropofagia descrita por el narrador a la manera de un informante etnográfico se organiza con elementos extraídos de Staden” (Grandis, 1994: 421), no es menos cierto tampoco que la descripción de los indios, tras comer carne, y su posterior ebriedad no procede de ninguna fuente textual, sino de la observación de la gente que llegaba del trabajo a los bares de Rennes, donde Saer escribía, y al tomar el primer whisky veía cómo su comportamiento empezaba a cambiar: duplicidad de mundos que configura la ficción; de la misma forma, la creación de la lengua indígena nucleada en torno a la infinita polisemia de la reiterada secuencia *def-ghi, def-ghi*, producto del azar al encontrar ese orden en el lomo de un tomo de Littré (Linneberg-Fressard, 1985: 157), postula desde la invención de la ficción, la imposibilidad del conocimiento del mundo, tanto a través de la observación directa, del discurso científico o de la reconstrucción arqueológica de la lengua guaraní para saber que la experiencia que vivirá finalmente Francisco del Puerto será la escritura.

II

Frente a la escritura saeriana que “problematiza” tanto el proceso de ficción, como los discursos paralelos que le sirven de soporte, la novela de Gonzalo Enrique Marí, *El grumete Francisco del Puerto*, última visita conocida al personaje, elimina la destrucción del mito propuesta por Saer para reconstruirlo y devolverlo a un imaginario carente de conflictos. Así, frente a la ausencia del linaje del personaje de Saer –el *entenado*: ‘antenatus’: ‘antenado’, ‘alnado’: ‘hijastro’, ‘huérfano’ (Grandis, 1994: 420)–, exacta metáfora de quienes llegaron a América “deslastrados de su Némesis”, de estirpe espuria, amparada en la falta de documentación, Marí “construye” la estirpe del personaje, hijo de una mora que trabaja en la posada de Isaac, un viejo judío, fundamentando el discurso del linaje de la bastardía original enfrentada al mito del estatuto de la limpieza de sangre; frente al personaje único de la tribu saeriana –reflejo de la mirada ciclópea del conquistador– porque “para ellos, todos los indios eran iguales, y no podían *como yo* diferenciar las tribus, los lugares, los nombres” (Saer, 2003: 117. El énfasis es mío), la novela del joven escritor argentino ofrece los “charrúas, los Yaros, los Bohanes, los Minuanes, y los Guenoas, las cinco

grandes tribus que conformaban la Gran Nación Charrúa ubicadas en las tierras al Oriente del Uruguay” (Marí, 2003: 30); frente a la polivamencia semántica del *def-ghi* de la lengua inventada con significados contrarios, o la ausencia del verbo *ser*, ya que las cosas en aquel universo no *son*, sino *parecen*, la inclusión de numerosos poemas procedentes de la tradición oral guaraní “recopilados por antropólogos de reconocida trayectoria” (Marí, 2003. Nota del autor: s/p) y su representación textual; frente a la ausencia de nombres para las plantas, ríos y costumbres y su sustitución por “percepciones de color, sonido y olor” (Gnutzmann, 1993: 201), la introducción de los discursos etnográficos en la novela de Marí llega a contaminar la ficción hasta saturarla. Así, Francisco aprenderá que *hice* es ‘agua’ o *gudai*, ‘luna’ (Marí, 2003: 343), que el *Turf* es la trompeta de tacuara para llamar a la reunión y el *Pajé*, el hombre capaz de comunicarse con los dioses o que el *Opy* es el templo largo y rectangular orientado en sentido Este-Oeste (Marí, 2003: 348-349), que el *Kaaré* combatía la enteritis o que un buen desinfectante como el *Yateí-kaá* previene la apendicitis y que la conjuntivitis se curaba con lavados oculares de un macerado de *Yuriquiti* (Marí, 2003: 160), por ejemplo.

En realidad, la novela cabría bajo la denominación de la *autoethnographic expression* propuesta por M^a Louise Pratt, pero en tercera persona¹⁰. El personaje Francisco del Puerto elaborado por Gonzalo Enrique Marí no sólo será el responsable del primer argentino “fundacional” al casarse con la bella Jasyrendy (Marí, 2003: 247), sino también del nacimiento del vocablo *che* al confundir en un diálogo con su amada el pronombre personal de primera persona con el de segunda y entre ambos, al parecer, serán los responsables del *idioma de los argentinos*:

Dado que Jasyrendy tenía cierta dificultad en pronunciar el español, acostumbrada a acentuar la última sílaba de cada palabra, fue deformando con el tiempo la lengua de Francisco, modificando, por ejemplo: “ven por aquí” por “vení para acá” o “sostén esto” por “sostené esto”. Juntos inventaron una nueva lengua, o al menos la lengua castellana adquirió otra musicalidad en las costas del *Paraná*. (Marí, 2003: 172)

Envoi

¹⁰ “Autoethnographic texts are typically heterogeneous on the reception end as well, usually addressed both to the metropolitan readers and to literate sectors of the speaker’s own social group, and bound to be received very differently by each” (Pratt, 1992: 7).

Es bien conocido el epígrafe que Saer antepone a su novela: “...más allá están los andrógagos, un pueblo aparte, y después viene el desierto total” (Herodoto, IV, XVIII)” que ya postula “la fundación misma de la historiografía occidental” (Díaz Quiñones, 1992: 14), y tras los andrógagos está Argentina, la Pampa, que es el desierto: mito de la ausencia del nombre y de la construcción de la historia, al ser la oralidad su fuente primaria. Aunque en realidad, como afirma Walter Benjamin, “Herodoto no explica nada. Su informe es absolutamente seco. Por ello, esta historia aún está en condiciones de provocar sorpresa y reflexión. Se asemeja a las semillas de grano que, encerradas en las milenarias cámaras impermeables al aire de las pirámides, conservaron su capacidad germinativa hasta nuestros días” (Benjamin, 1991: 7).

Y es en el tránsito entre el narrador y el novelista donde se opera la destrucción del mito¹¹. Fue Walter Benjamin “quien defendió con mayor empeño la idea de que el mito es un instrumento de opresión” (Petit, 2000: 46)¹²; y así, elaborada la ficción desde su concepción de la *antropología especulativa*, y destruyendo el mito del personaje Francisco del Puerto al convertirlo en escritor de su historia, la novela de Marí quiebra el verosímil narrativo al refundar el mito del personaje desde la saturación de la ficción por los discursos antropológicos y etnográficos, por una parte, y al insertarlo en una novela de reconstrucción arqueológica, por otra. Si el mito de Francisco del Puerto saeriano *desaparece* finalmente en la escritura, el personaje de Marí *desaparece* en la ficción atrapado nuevamente en un mito y una leyenda coercitiva y explicativa de un origen.

Quizás, el único territorio posible del mito sea esa bellísima primera línea de la novela de Saer, que bien podría ser la última: “De esas costas vacías me quedó sobre todo la abundancia de cielo” (Saer, 1983: 11), porque *el sitio en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron*, ya está marcado indeleblemente con una *estrellita roja* (Borges, 1989: 81).

¹¹ Afirma Walter Benjamin: “El narrador toma lo que narra de la experiencia, la suya propia o la transmitida, la toma a su vez, en experiencias de aquellos que escuchan su historia. El novelista, por su parte, se ha segregado. La cámara de nacimiento de la novela es el individuo en su soledad” (1991: 4).

¹² “En tanto que cosmogonía, relato de fundación, el mito vendría a oponer el interrogante principal del ser humano confrontando al misterio de su condición una explicación del mundo, de la institución social y de la vida moral coercitiva, que se sustenta en la persistencia de la angustia arcaica en el ser humano”.

BIBLIOGRAFÍA

AÍNSA, Fernando (1997). "Invención literaria y 'reconstrucción' histórica en la nueva narrativa latinoamericana", en *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Madrid, Vervuert, pp. 111-121.

BASTOS, María Luisa (1990). "Eficacias de lo verosímil no realista: dos novelas recientes de Juan José Saer", en *La Torre*, 4: 13, pp. 1-20.

BAUDRILLARD, Jean (1988). *El otro por sí mismo*. Barcelona, Anagrama.

BENJAMIN, Walter (1991). *El narrador*. Madrid. Taurus.

BORGES, Jorge Luis (1989). *Obras completas*, I. Barcelona, Emecé Editores.

CALVEYRA, Arnaldo (1990). *El hombre del Luxemburgo*. Barcelona, Tusquets.

CONCHA, Jaime (1986). "Réquiem por el buen cautivo" en *Hispanamérica*, n.º 45, pp. 3-15.

CHÁVES, Julio César (1968). *Descubrimiento y conquista del Río de la Plata y el Paraguay*. Asunción, Ediciones Nizza.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal (1989). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, SÁENZ DE SANTAMARÍA, Carmelo (ed.), Madrid, Alianza Editorial.

DÍAZ QUIÑONES, Arcadio (1992). "El entenado: las palabras de la tribu", en *Hispanamérica*, n.º 63, pp. 1-18.

FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (1995). *Calibán/Contra la leyenda negra*. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida.

GANDÍA, Enrique de (1946). *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*. Buenos Aires, Centro Difusor del Libro.

GNUTZMANN, Rita (1993). "El entenado o la respuesta de Saer a las crónicas", en *Revista de Estudios Hispánicos*, pp. 199-205.

GOLLIK, Brian (2003). "El color justo de la patria: agencias discursivas en *El entenado* de Juan José Saer", en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, n.º 57, pp. 107-124.

GRANDIS, Rita de (1993). "The First Colonial Encounter in *El entenado* by Juan José Saer: Paratextuality and History in Postmodern Fiction", en *Latin American Literary Review*, n.º 41, p. 30.

_____ (1994). "El *entenado* de Juan José Saer y la idea de la historia", en *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, n.º 3, pp. 419-428.

GRILLO, Rosa María (2004). "El viaje de Francisco del Puerto de las crónicas a las novelas", en *Cuadernos de Thule*, n.º 2, pp. 215-226.

_____ (2006). "La fundación del Río de la Plata: entre historiografía y ficción", en ALEMANY, Carmen; VALERO, Eva M^a (eds.), *Río de la Plata. Relaciones culturales y literarias entre los países del Río de la Plata*. Alicante, Universidad de Alicante/Centro de Estudios Iberoamericanos "Mario Benedetti", pp. 15-32.

ISER, Wolfgang (1999). "La ficcionalización: dimensión antropológica de las ficciones literarias", en GARRIDO DOMÍNGUEZ, Antonio (ed.), *Teorías de la ficción literaria*. Madrid, Arco/Libros, pp. 444-465.

JÜNGER, Ernst (1998). *Los titanes verdaderos (Ideario último recogido por A. Gnoli y F. Volpi)*. Barcelona, Ediciones Península.

LINNEBERG-FRESSARD, Raquel (1985). "Entrevista con Juan José Saer", en *Río de la Plata (París)*, n.º 7, pp. 155-159.

LOAYZA, Luis (1980). "Bizancio sobre el Rímac", en *Camp de l'Arpa*, n.º 71, pp. 28-30.

MARÍ, Gonzalo Enrique (2003). *El grumete Francisco del Puerto*. Buenos Aires, De los Cuatro Vientos.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel (1991). *Radiografía de la Pampa*, en POLLMAN, Leo (coord.). Madrid, Archivos.

MONTAIGNE (1962). *Essais*, Rat. M. (ed.). París, Editions Garnier Frères.

_____ (1985). *Ensayos*. RICAZO, Dolores; MONTEJO, Almudena (eds.), Madrid, Cátedra.

NELSON, William (1973). *Fact or Fiction (The Dilemma of the Renaissance Stryteller)*. Cambridge, Harvard University Press.

PETIT, Marc (2000). *Elogio de la ficción*. Madrid, Espasa.

PRATT, M^a Louise (1992). *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. Nueva York, Routledge.

ROMANO THUESEN, Evelia (1995). "El *entenado*: relación contemporánea de las memorias de Francisco del Puerto", en *Latin American Review*, 23: 45, pp. 43-63.

SAER, Juan José (1983). *El entenado*. Tucumán, Folios Ediciones.

_____ (2003). *El entenado*. Barcelona, El Aleph editores.

_____ (1987). *El concepto de ficción*. Barcelona, Ariel.

VERGÉS, F. (1992). "El navegante Juan Díaz de Solís", en *Historia y vida*, n.º 255, pp. 33-44.

WHITE, Hayden (1978). "The Historical Text as Literay Artifact", en *Tropics of Discourse*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, pp. 81-100.

_____ (1982). "The Narrativization of Reals Events", en *Critical Inquir*, n.º 8, pp. 793-798.